

La teoría sobre las formaciones nacionales y sus límites para la interpretación de la historia latinoamericana

LOMBANA RODRÍGUEZ, Raúl

Universidad Central “Marta Abreu” de las Villas - Cuba
raulr@uclv.edu.cu

Introducción

El *estado-nación* constituye uno de los conceptos más aludidos en el discurso académico contemporáneo, ya sea desde las diversas disciplinas que comprenden el área de las ciencias sociales o a partir de interpretaciones asociadas (no siempre con justicia) a los llamados enfoques transdisciplinarios. Si bien se trata de la forma más acabada de estructuración política que sigue conociendo la sociedad desde 1789 hasta hoy, con frecuencia se maneja como una entidad en decadencia (y acaso en franco proceso de destrucción), muchas veces eludiendo las complejidades con que reaccionan las instituciones burguesas para sobrevivir en medio de la crisis general del sistema capitalista más allá de los avatares modernos.

En los marcos de dicha crítica, casi siempre se olvida que, aún en el caso de los proyectos integracionistas o supranacionales que han tenido lugar en los siglos XIX, XX y XXI, no ha podido olvidarse la existencia anterior del estado nacional como núcleo de soberanías históricamente delimitadas, debiendo admitirse sus presupuestos naturales desde el punto de vista territorial, económico, político, jurídico, administrativo y sociocultural; tal y como se admiten sus categorías relacionadas, las cuales se ajustan al esquema (en principio) democrático del proyecto burgués que

hasta la fecha se ha implementado en la mayor parte del planeta como especie de programa universal.¹

Esto explica, en parte, la marcada tendencia a hablar más de la supuesta crisis del estado-nación que de las alternativas concretas para sustituirlo u optimizarlo,² pues bajo ninguna experiencia (ni capitalista ni socialista) se han superado los términos conceptuales y funcionales impuestos por la modernidad hace más de doscientos años, los cuales continúan predominando en la forma de concebir políticamente el desarrollo del “*plebiscito diario*” que —a decir de Ernest Renán— constituye la construcción y desarrollo de la nación.³

Tanto las teorías que abordan las Historias Nacionales como aquellas que tratan el entramado de las ideas y el pensamiento filosófico y político, a la hora de constituirse, reinterpretarse y evolucionar hacia planos superiores, apelan, entonces, a categorizar e identificar indiscriminadamente aspectos como *identidad nacional*, *cultura nacional*, *nacionalidad* y *nacionalismo*, entre otros, bajo una percepción estricta de la “*comunidad imaginada*” descrita por Benedict Anderson.⁴ Esto ha sucedido con la mayoría de los tratados escritos en los países del hemisferio occidental.

En América Latina y el Caribe tales elementos resultan de suma importancia, pues se trata, precisamente, de la región donde más se especula en

1. Instancias como *Comisión*, *Presidente*, *Parlamento*, *Congreso*, *Derechos Civiles*, *República*, *Partido*, *Ciudadanos*, la propia *Soberanía*, entre otros tantos, son muestra fiel de esta importación categorial como única alternativa de organización en los estados burgueses, e incluso de los países socialistas, o en proyectos supranacionales tan disímiles como la Unión Europea, el Alba y otros de diferentes tendencias y rasgos, toda vez que no existe una práctica política históricamente transcurrida que avale la eficacia de otra nomenclatura institucional en la era moderna. Ver, al respecto, Raúl M. Lombana: *Hacia una Nueva Teoría de las Formaciones Nacionales*; en: *Cuba: Nación y Nacionalidad*. Colección Crisol, Bayamo, 2011; p. 2.

2. Entiéndase como *estado-nación (moderno)* a aquella “*comunidad imaginada que representa un conglomerado de individuos con tradiciones históricas en común, las cuales determinan su noción de convergencia a partir de vínculos socioculturales concretos (étnicos, religiosos, educativos, literarios, técnicos, artísticos, costumbristas, etc.), asociada siempre a un marco territorial específico (habitado o no directamente), que halla su institucionalización político-jurídica en el estado-nación típico de la modernidad*”. Ob. Cit.; p. 13.

3. La *construcción nacional*, en este sentido, supone que “*distintos sujetos sociales participan en la imaginación y socialización de un mito: en este caso la nación*”. Ver en: Pablo A. Riaño San Marfil: *Pensando la Nación en el Interregno: Cuba, 1899-1902*; en: María del P. Díaz Castañón (Coord.): *Perfiles de la Nación*. Tomo 1, Ciencias Sociales, La Habana, 2005; p. 48.

4. Benedict Anderson: *Comunidades Imaginadas*. Cambridge University Press, 1998; p. 22.

torno a la crisis del estado nacional, siendo, en cambio, el espacio donde dicha entidad ha podido desarrollarse menos, dependiendo siempre de la importación del paradigma foráneo y desarrollándose a partir de fundaciones anómalas e incompletas, que presentan nuevas disyuntivas a toda teoría escrita desde otras áreas geográficas.

Sobre todo en este contexto, el tratamiento del tema no deja de ser notablemente empírico en lo que a relación con la teoría a escala universal se refiere, pues, por encima de todo, no existe, hasta la fecha, una teoría universalmente comprensible y operable sobre las formaciones nacionales. Puede decirse que esta última se halla en construcción, para lo cual, durante los últimos años, unos pocos autores han indagado en la llamada teoría clásica del nacionalismo,⁵ que sí existe (amén de sus notables lagunas y limitaciones), pretendiendo hallar su contraparte en los estudios marxistas, desde los clásicos hasta las figuras posteriores del siglo pasado, encontrándose con notables escollos que impiden la pretendida teorización.

La Teoría “Clásica” del Nacionalismo y sus limitaciones teóricas.

La teoría occidental sobre el nacionalismo –desarrollada por Ernest Gellner y completada hasta cierto punto por Eric Hobsbawm y Benedict Anderson, sobre todo– surgió de la coyuntura que imponía a la burguesía explicar el origen, la naturaleza y los presupuestos de la nación surgida a partir de 1789, diferenciándola de la nación canónica típica del *ancient regimen*. En esencia, los postulados gellnerianos defienden que el *nacionalismo* antecede a la *nación* y nunca a la inversa, que existen ocho formas en que el primero puede manifestarse (de las cuales sólo cuatro determinan la implantación del estado nacional moderno), que la *industrialización* (*modernización* para Hobsbawm y otros) constituye el factor determinante en

5. Entiéndase al *nacionalismo* como el conjunto de sentimientos identitarios que, desde lo vernáculo hasta lo político, van desarrollando las comunidades imaginadas o pueblos-naciones premodernos como base ideológica de un proyecto nacional cuya realización depende de la industrialización moderna, contando con dos modulaciones conocidas: una de índole netamente patriótica, en busca del Estado-Nación Moderno; y otra se índole soberana, defendiendo su existencia y evolución; pudiendo conservar la segunda los principios de la primera, o transitar hacia formas chovinistas, xenófobas e imperialistas, según el tipo de Nacionalismo y nación de los que se trate. Raúl M. Lombana: *Hacia una Nueva Teoría de las Formaciones Nacionales*; en: *Cuba: Nación y Nacionalidad*. Colección Crisol, Bayamo, 2011; p. 13.

dicho proceso, y que la lucha por el poder político, la disposición étnica de las fuerzas y su correspondencia con el acceso a diversos aspectos de la cultura y la educación moderna conjugar diferentes combinaciones, las cuales dan lugar a la citada tipología.⁶

Aún en el caso de que esta teoría operara para explicar los más famosos procesos formativos de la nación y (sobre todo) de sus nacionalismos, no se explican todos sus entramados y complejidades más allá de los espacios “privilegiados”. Esto ocurre, precisamente, porque la teoría *clásica* en cuestión es, primero que todo, eurocéntrica y occidentalista, erigida desde la experiencia de las grandes “naciones históricas”, como Francia, Inglaterra o Estados Unidos, pretendiendo que su modelo constituye un paradigma universal bastante estricto (que no debe confundirse con el hecho de que, efectivamente, tales casos desarrollaron institucionalizaciones convertidas, durante mucho tiempo, en una especie de dogma programático para todas las naciones que iniciaran una evolución asociada a la independencia bajo los códigos de la modernidad).⁷

En segundo lugar, dicha teoría es liberal y esencialmente burguesa. Pretendiendo que el liberalismo constituía la posición de avanzada del capitalismo mundial y su desarrollo interno en los estados particulares, los ideólogos y teóricos del nacionalismo defendieron siempre la industrialización a ultranza, protegiéndose de posturas conservadoras y centralizadoras que implicaran trabas para la expansión vertiginosa de aquella en función del centro de poder fundamental, y defendiendo, por supuesto, la libre concurrencia que incluyera a todos los sectores de dicha clase y no solamente a una élite oligárquica, con lo cual han dado, hasta hoy, un toque “emancipador” y “progresista” a sus ideas, sin que ello signifique para nada la verdadera o completa inclusión del pueblo llano dentro del proyecto nacional, quedándole a este último sólo un papel protagónico durante las revolucio-

6. Ernest Gellner define al nacionalismo como un “*principio político medular*”, con una “*relación imprescindible entre unidad nacional y política*”. Además, lo entiende como “*capaz de concebir naciones donde no existieran, sin importar lo negativo de los marcos preexistentes diferenciadores con los que laborara*”. Ver, de este autor, *Naciones y Nacionalismo*, Grijalbo, Barcelona, 1997; p. 22.

7. Ver, al respecto, Boris Santana: *El Nacionalismo: Estudio Histórico-Crítico desde las Problemáticas Globales de la Integración Latinoamericana*. Tesis Doctoral, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Santa Clara, 2008; pp. 22-26.

nes; las cuales, por demás, deben limitarse a transformar los estatus arcaicos para luego conformarse con una inclusión parcial (demagógicamente planteada a partir de las concepciones sobre el sufragio y otros elementos) en la construcción nacional), sin obtener un beneficio considerable.

De este modo, y como tercera limitación, la teoría del nacionalismo responde únicamente al patrón del estado nacional burgués, incluyendo en su estructura poderes y derechos dosificados para las diferentes clases que comprenden el *corpus nacional*. La sociedad ahora cuenta, supuestamente, con la posibilidad de elegir a sus gobernantes, así como con ciertos lemas proclamados por las revoluciones iniciales, adoptadas por sus herederas, siempre en función de marcar la diferencia con respecto a las condiciones de exclusión a las que eran sometidas durante el antiguo régimen.

Sin embargo, la historia debe terminar, desarrollarse por otros caminos y nunca trascender de esta etapa. Dicho de otro modo, para la burguesía, nunca la transformación debe proseguir hasta el final, siendo el *socialismo* (en su acepción precisa como ideología de masas) una palabra diabólica por excelencia. Como ideología, éste debe ser, en principio, enfrentado por el discurso liberal o conservador; y luego, cuando fuera posible, tergiversado bajo los conocidos ideales de la socialdemocracia, igualmente burguesa y alienadora.

En correspondencia con lo anterior, la cuarta limitación es la relacionada con el alejamiento, la desviación o la manipulación conveniente de todo lo relacionado con la lucha de clases. Bajo matices de conflictividad étnica, religiosa y cultural en cualquier sentido, se destierra el papel de las clases sociales en el proceso de construcción nacional, concibiéndose incluso al nacionalismo como la variante para comprometer a hombres y mujeres del mismo origen clasista en causas nacionales antes que en proyectos de revolución proletaria común. No en vano, el llamado marxista de unidad tuvo la desventura de perder el pulso, durante los siglos XIX y el XX (salvo conocidas excepciones), ante las tramas y manejos que llevaron a dos guerras mundiales y otro sinnúmero de confrontaciones donde los pueblos no supieron reconocerse en medio del llamado burgués a la defensa de una soberanía que no disfrutaban plenamente.

Por supuesto, tantos descuidos tienen que conducir a lagunas teóricas inevitables, hallándose la quinta limitación determinada por carencias propiamente técnicas en el discurso académico liberal sobre el nacionalismo y la nación. Prueba de esto es el hecho de ni siquiera los especialistas más

reconocidos de la propia escuela occidental que sucedieron a Gellner se han puesto totalmente de acuerdo en torno a los límites de sus ideas, ni han podido tratar el tema de forma suficientemente sistémica, ni han aportado ideas enriquecedoras más allá de algunas partes del problema mayor (Taylor, Kedourie, Hroch, O'Leary, Hasting, Perry Anderson, entre otros).⁸

Una problemática considerable, vista desde la limitación anterior, está dada en el hecho de que el marxismo clásico, a pesar de converger temporalmente con el fenómeno y la teoría del nacionalismo en sí, no ofreció una teoría alternativa que contribuyera a explicar los procesos de formación nacional en casos concretos, y específicamente en aquellos asociados a los pueblos subdesarrollados. Es aquí donde se halla la sexta limitación de la teoría clásica occidental sobre el nacionalismo, pues el marxismo clásico no se despreocupó, ni desatendió, ni menospreció jamás la cuestión nacional; pero, en su esfuerzo sistemático por priorizar y explicar el problema de la lucha de clases como elemento rector de la evolución histórica de la Humanidad y fundamento de sus posibilidades futuras, Marx y Engels trataron el tema nacional dentro de un planteamiento teórico y práctico justificadamente mayor,⁹ conscientes además de que el nacionalismo podía desviar a la clase obrera y el campesinado pobre hacia confrontaciones entre estados donde, bajo banderas y culturas diferentes, miembros de una misma clase podían autodestruirse, a instancias de causas políticas proclamadas desde el enfoque de las burguesías dominantes.

De este modo, el asunto se suscribió casi a la polémica sobre la autodeterminación nacional, bien acusado y discutido, luego, por Lenin, y que contó además con importantes incursiones de Rosa Luxemburgo, el mismo Stalin y otras figuras de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, aún después de la Segunda Guerra Mundial, el marxismo siguió la misma lógica, lo cual generó un problema a partir de 1989, cuando la caída del sistema

8. Sobre la crítica al pensamiento y la teoría de Gellner en los propios marcos de la escuela occidental, puede consultarse en su totalidad la obra de John Hall (Edit.) titulada *Ernest Gellner y la Teoría del Nacionalismo*, publicada por Cambridge University Press en 1998, con varias traducciones al castellano y más de cinco ediciones, entre las cuales destaca la de Grijalbo, Barcelona, en 1997.

9. "Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Más, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional, constituirse en Nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués". Carlos Marx; en: Ob. Cit.; p. 44.

socialista mundial comenzó a requerir de estudios sobre aspectos del capitalismo que no era tan conocidos, como es el caso de la nación; sobre todo porque caía el sistema, pero no esta última, y en algunos casos (como en el de Cuba) incluso ninguna de las dos cosas.

Aún hoy, los teóricos de izquierda se enfrascan más en criticar el estado nacional burgués que en superar su teoría, en buena medida por falta de paradigmas luego del *derrumbe*. Téngase en cuenta, que, como etapa de tránsito, la teoría y la práctica del socialismo asumen aspectos del sistema anterior, y deben trascender los códigos y la estructura del estado nacional burgués, pero en forma de proceso y no radicalmente (de la misma manera que no puede sustituir de inmediato el salario o el propio capital en toda su extensión).

De los aspectos anteriores cabe dilucidar una séptima limitación, puramente teórica, y que responde concretamente el descuido de todos los elementos que se incluyen dentro del tránsito que va desde el nacionalismo inicial hasta la nación moderna, implicando circunstancias históricas particulares propias de cada proyecto nacional, las cuales no cuentan con un aparato conceptual acorde a sus necesidades de estudio. Una de ellas es la categoría problema nacional, referido al *estado o situación problemática transitiva en que se halla el proceso de formación nacional de un país o territorio dentro de un contexto témporo-espacial determinado, bajo los efectos de factores externos o internos que demoren, obstaculicen o traumatizan la institucionalización de la legítima soberanía nacional proclamada como proyecto común del pueblo-nación, contando con sus correspondientes antecedentes de nacionalidad y nacionalismo (en su primera modulación histórica) que gestan la irreversibilidad del proyecto bajo sus principios particulares y auténticamente nacionales.*

Lo más llamativo de esta categoría estriba en que su esencia se halla presente desde los mismos inicios del proceso a través del cual se origina y desarrolla la nación moderna, siendo la que define sus particularidades específicas y resultados diferenciados. En esencia, se evidencia justo desde que la Revolución Francesa descabeza al absolutismo y determina un camino para el futuro de las naciones modernas, el cual establece las bases de la nueva sociedad capitalista, pujante en la vida cotidiana y respaldada en estructuras políticas propias. Éstas, por supuesto, aún aparecen viciadas por la estela aristocrática, pero con suficiente dotación práctica del nuevo sistema como para garantizar su sedimentación e irreversibilidad.

En lo adelante, la idea de progreso se perpetuaría en el discurso cotidiano de la burguesía liberal (sobre todo), y, por tanto, se asociaría a la búsqueda y defensa del nuevo estado nacional moderno como estructura que protegiera su legitimidad, soberanía y funcionamiento en un espacio territorial que ya estaba demarcado históricamente por convergencias geográficas, étnicas, lingüísticas, religiosas e idiosincrásicas. Con tales presupuestos y ofertas garantes, el nuevo discurso sería esgrimido, a lo largo de los siglos XIX, XX y XXI, por la mayor parte de los movimientos sociales que no se erigieran contra las formas de propiedad capitalista, pues sólo la intención de derrocar al sistema como prioridad máxima podría hallar un estorbo en su forma de organización sociopolítica.

Incluso en aquellos casos donde logró establecerse el socialismo como sistema durante el siglo XX, se asumieron los presupuestos territoriales del otrora estado nacional burgués o feudal, lo cual acusa su legitimidad histórica aún antes de la modernidad. Estas demarcaciones estuvieron siempre predeterminadas en los proyectos socialistas, y, en los casos donde éstos se implantaron como sistema, bien se asumieron, defendieron u reivindicaron las fronteras históricas, bien las establecidas en tratados de posguerra por la burguesía. Si en algún caso existían conflictos interétnicos dentro del marco territorial heredado, estos se mantuvieron bajo el nuevo sistema, participando protagónicamente en la caída del sistema allí donde tuvo lugar (el caso típico lo representan las ex repúblicas socialistas de Europa Oriental, con énfasis en la antigua Yugoslavia, y también la propia URSS).

Esto quiere decir que, si bien es la *industrialización* o *modernización* capitalista (típicamente defendida por la teoría tradicional) el fenómeno que determina la aparición del estado-nación moderno, no es ella en sí misma la que sustenta, perpetua o define su existencia, sino otro espíritu comunitario de carácter inclusivo, determinado históricamente con anterioridad al propio capitalismo. De este modo, los estados nacionales premodernos, de tipo canónico y asociados al antiguo régimen, efectivamente no son los que dan lugar a la nación moderna (esto lo hace el capitalismo), pero sí determinan la pertenencia de sus actores sociales; o lo que es lo mismo, la nación moderna, ni existe sin su antecedente premoderno (real o imaginado), ni tiene suficiente garantía de vida sin sus presupuestos inscritos en la memoria histórica de los pueblos.

En América Latina, por ejemplo, hubo estados nacionales formados al calor de genuinas gestas liberadoras exitosas, donde la revolución social y la

lucha anticolonial se fundieron en un proyecto único, dirigido luego bajo el patrón francés y norteamericano de la modernidad, con toda su “institucionalidad” burguesa, pero en la transformación operada también quedó inscrita buena parte de la mentalidad canónica. La perpetuación de la colonia en las nuevas repúblicas luchó, en lo adelante, con las nuevas problemáticas del añorado sistema moderno, incluyendo la salvaguarda de la soberanía. Así, México podía ser robado, Panamá invadido, Cuba intervenida, Puerto Rico asociado, Venezuela bloqueada; pero nunca anexados ni colonizados por la vía tradicional, porque ello implicaba violar soberanías teóricamente establecidas por el propio discurso norteamericano de la independencia y, por tanto, negar los propios valores fundacionales de los Estados Unidos.

A la sazón, se establecen aquí los presupuestos de la nación moderna bajo élites que pretenden sustituir a las antiguas metrópolis en su papel dominante, sin comprender aún que la industrialización y la soberanía deben ir en la misma dirección, compensándose mutuamente; y esto no va a ocurrir, en buena parte, por la demagogia de los grupos de poder y la política norteamericana, pero también en medida nada desdeñable por la incapacidad del pueblo llano de superar su complejo de origen colonial. Esto, más que ser una particularidad de América Latina, constituye un ejemplo claro de hasta dónde el antecedente canónico puede incidir en el futuro de un programa nacional ante la sedimentación del antiguo régimen.

Evidentemente, el descuido del papel que juegan las configuraciones sociales premodernas en el sostenimiento y desarrollo del estado nacional una vez surgido, impide explicar sus particularidades allí donde ha evolucionado con relativa grandeza, y solucionar sus problemáticas básicas en aquellos espacios donde padece de un carácter limitado. Igualmente, hace difícil identificar hasta qué punto han intervenido los patrones externos en la construcción e interpretación de los diversos proyectos nacionales, tomando en cuenta que las burguesías locales defienden más sus intereses de clases que la soberanía nacional, y que los pueblos no siempre han hallado el camino correcto para superar, no ya el estado crítico del estado-nación, sino el formato capitalista bajo el cual aquel se ha constituido.

Tal obstáculo conforma una parte no tan explicada de la teoría tradicional, impidiendo ofrecer fundamentos a la manida teoría sobre la crisis del estado-nación, toda vez que deja fuera las relaciones entre el tema nacional y la complejidad de los conflictos inter e intrarregionales dados en los diferentes espacios económicos, políticos y socioculturales, tomando en cuenta

que, en los casos de colonias emancipadas, se han heredado las fronteras y divisiones del régimen anterior. Igualmente, los citados descuidos impiden trazar pautas esenciales para el análisis del proceso formativo nacional en cada momento histórico, quedando como asignatura pendiente el estudio de la cuestión nacional durante sus interregnos constitutivos.

De forma similar, el enfoque occidental tradicional, olvidando en buena parte la influencia de las naciones canónicas anteriores al fenómeno de la *industrialización* en las grandes potencias, resta espacio para enfrentar la amplia estela que su existencia premoderna genera en los países tradicionalmente colonizados, cuya lucha contra la ocupación foránea marca la etapa fundacional de su existencia nacional ya en la modernidad. Como resultado, otro aspecto que limita enormemente la teoría existente está dado en la carencia de análisis sobre la evolución global del fenómeno nacionalista una vez consolidado, lo cual determina impactos de diferente nivel, sobre todo allí donde aparece el estigma de una formación nacional altamente limitada.

Hacia una nueva Teoría de las Formaciones Nacionales en América Latina.

Como puede observarse, las problemáticas adjudicadas a la teoría tradicional del nacionalismo son cuestiones a resolver para pretender constituir, desde un enfoque dialéctico y operativo, una teoría viable de las formaciones nacionales en América Latina. Ésta, de una parte, no ha de erigirse sobre la base de una ruptura con los postulados clásicos que pueden ofrecerle un sustento para comprender la dinámica de los procesos formativos en la región, pero tampoco ha de esperar por la solución de aquellas lagunas que dificultan la comprensión del suceso constitutivo en los grandes estados europeos, en los Estados Unidos o en otros marcos nacionales “privilegiados”.

Precisamente por pretender un carácter factible, la teoría que explique la formación nacional en los estados latinoamericanos y caribeños debe trascender a una universalidad que permita generar presupuestos esenciales aplicables a diferentes contextos, para lo cual, obviamente, requiere de una metodología abierta a los estudios de caso, abordando los diferentes matices y factores que dificultan, aletargan, realizan o sostienen el estado nacional en sus diferentes expresiones, tiempos y espacios.

Sólo por medio de un enfoque que supere la atomización típica de los factores de poder, étnicos, educativos y aquellos asociados a una industrialización (en medida alguna transcurrida bajo una sola fórmula), puede arri-

barse a una construcción teórica eficaz, la cual debe priorizar, en primer término, la inclusión del análisis socioclasista y sus contradicciones particulares en el proceso de construcción nacional, lo cual puede catalogarse como el punto más débil de toda teoría burguesa (pues la explicación funcional de los procesos históricos desde la toma en cuenta de diversos intereses de clase siempre contrapuestos cuestiona su esencia misma). Consecuentemente, el compromiso social de la emancipación latinoamericana converge de modo exacto con las limitaciones de un estado-nación concebido desde y para una clase privilegiada.

Igualmente, es preciso que los nuevos estudios tomen en cuenta la necesidad de un análisis multidireccional (a escala nacional y regional) sobre los postulados y formas en que ocurren los procesos de formación nacional y sus sentimientos asociados a cada momento histórico de los diferentes contextos latinoamericanos. Sólo así puede hallarse el punto de encuentro entre el pensamiento tradicional y la realidad que ha sido transmitida generacionalmente por medio de la memoria en cada pueblo específico.

Otro elemento importante lo constituye el reto de superar el esquema gellneriano, que, si bien ha contado con críticas oportunas, no goza de una remodelación factible. Para ello, urge priorizar el proceso constitutivo de la nación en sus momentos transitorios (asociados conceptualmente a la cuestión o el problema nacional tanto más que al estado-nación mismo). Ello permitiría concentrarse en los elementos que obstaculizan el desarrollo a la vez que en aquellos que lo potencian (lo cual, por momentos, parece ser la única motivación a la hora de tratar el tema dentro del espacio europeo).

A su vez, la superación del esquema clásico debe suponer la incorporación de otros indicadores que aumentan las posibilidades analíticas de los factores que intervienen en la construcción nacional y su proceso formativo. La toma en cuenta de dichos aspectos, notablemente descuidados hasta el momento, permiten abrir el espectro acerca de componentes vitales para América Latina, los cuales incluyen los asumidos por Gellner, pero también otros (geográficos, económicos, políticos, jurídicos, administrativos, étnicos, sociales, religiosos, educativos y de la cultura en general) que quedan fuera de su espectro.

En el plano ideológico, se hace imprescindible priorizar la lucha de clases como base explicativa esencial de los procesos que dan lugar a la aparición nacional antes y (sobre todo) después del advenimiento del estado nacional latinoamericano a partir del fin de las gestas independentistas, tras-

ciendo de la cuestión sobre las autodeterminaciones a planos donde se entienda a la nación contemporánea como fenómeno que surge con similar fuerza al capitalismo, legitimándolo en forma de estado, siendo ineludible a la hora de transformarlo (también) en un estado socialista, pues las bases de este último responden también a la modernidad en toda su magnitud, y no sólo a una invención institucional de la burguesía.

Como ya se ha dicho, en su estudio titulado *Naciones y Nacionalismo*, Gellner llega a clasificar ocho tipos básicos de nacionalismo, intentando una anticipación a lo que podría llamarse un método pronóstico a manera de algoritmo para medir el alcance y la naturaleza del fenómeno. A la consabida *industrialización*, agrega las diferentes combinaciones que ofrecen la tenencia del poder político (*P o -P*), el acceso a la educación *modernizante* (*E o -E*), y la similitud o diferencia étnico-cultural de los grupos (*a+a* o *a+b*). En consecuencia, enuncia que la “producción” nacional cristaliza sólo en lo que denomina los tipos 4, 5, 6, y 7 de su esquema.¹⁰ En esencia, resultan viables, exclusivamente, los movimientos de un grupo étnico diferenciado y culturalmente desfavorecido sobre otro que tiene el poder, los de un grupo étnicamente diferenciado o no con el mismo nivel de acceso a la cultura en comparación con el que detenta el poder, o los de un grupo étnicamente diferenciado y sin acceso al poder pero con mayor nivel cultural.

En América Latina esta topología deja muchas interrogantes, resultando insuficiente y, en buena medida, inoperante. Tomando sólo como referencia el período en que se desarrollan las luchas independentistas en pro de conformar las nuevas Repúblicas bajo el estatus de estado-nación moderno, no es posible asumir la factibilidad del llamado *nacionalismo étnico*, (tipo 4), ni el que llama *arraigado* (tipo 5), ni el denominado *de diáspora* (tipo 7), pues, aun cuando se puedan diferenciarse, los grupos étnicos no son aquí (salvo en el caso haitiano), el patrón bajo el cual se establecen las partes en pugna, contando con un conglomerado cultural mucho mayor a expensas de la nacionalidad formada bajo el estatus colonial.

Tampoco el proceso responde al llamado *nacionalismo liberal clásico occidental* (tipo 6), operado, sobre todo, en las grandes naciones capitalistas, pues la élite revolucionaria y aquella que se le opone por defender el

10. Ernest Gellner: *Naciones y Nacionalismo*, Grijalbo, Barcelona, 1997; p. 40.

statu quo no cuentan con la misma forma de “ilustración” educativa bajo los presupuestos de la modernidad. Además, ello dejaría fuera del proceso al pueblo llano, fuerza motriz del proceso, que en medida alguna aparecía mínimamente asociado a tal nivel educativo. Lo más curioso, sin embargo, es que, de hacerse la salvedad de aceptar que el sector criollo contó con acceso a una educación más acorde a la modernidad universal del momento, se asumiría el llamado *decembrismo*, en el cual, según Gellner, no hay posibilidad alguna de fructificación nacional.

Tampoco se explica cómo pudo haber rupturas coloniales y neocoloniales sin el connotado influjo *industrializador* dado en toda la magnitud gellneriana, cuya insuficiencia marcará la crisis estructural de las nuevas Repúblicas, sin que esto llegara a anular jurídicamente su existencia. Obviamente, no se observa en Latinoamérica la libre modernización sino como producto de voluntades elitistas y externas, en muchos casos opuestas conscientemente al progreso nacional.

De este modo, aun cuando el modelo gellneriano pudiera responder a una situación de revolución burguesa, sería incapaz de explicar la interrelación entre ésta y un proceso nacional liberador como el de las naciones de América Latina, ni describir la naturaleza de las formas complejas en que se expresa el sentimiento nacional posteriormente, lo cual en ningún caso implicó cambios estructurales que garantizaran la soberanía absoluta.

En sentido general, puede decirse que los movimientos y sentimientos nacionales no han sido explicados con la precisión necesaria como para aspirar a una teoría regional sobre las formaciones nacionales. La negación del papel de la lucha de clases dentro del proceso histórico y la apatía hacia cualquier los enfoques marxistas ha evitado que se tengan en cuenta criterios imprescindibles. De este modo, las condiciones físico-geográficas, los niveles de producción e industrialización en comparación con el valor potencial de los recursos, la tributación productiva, el estatus y la delimitación político-administrativa, las relaciones y jerarquías socioeconómicas, la distribución demográfica y genérica, la particularidad lingüística, los factores religioso-costumbristas, entre otros, siguen constituyendo asignaturas pendientes para los estudios en esta dirección.

A esto se agrega el hecho de que la nación es tan cambiante como el sujeto que la expresa. Como afirma Pablo Riaño, no siempre queda claro “*cómo los contemporáneos establecieron nuestros intereses, nuestras aspiraciones*”, lo cual produce una acusada variedad de percepciones con

respecto a qué es la nación.¹¹ A decir de Oscar Loyola, “*los sujetos sociales inmersos en la construcción de una nación, ya fueran individuales o colectivos, participan del proceso integrador nacional con muy diferentes expectativas finales*”, pudiendo distanciarse éstas de los sueños específicos a medida que el nuevo producto nacional se va obteniendo; todo lo cual determina un doble carácter –objetivo (de una parte) y consciente (de otra) – en cualquier proceso de formación nacional cuya distinción e interrelación no ha sido privilegiada en los análisis de los teóricos clásicos, constituyendo otro de los campos de obligada investigación.¹²

En estos marcos, resulta sumamente importante atender a aquellos elementos ineludibles que particularizan el proceso de formación nacional en América Latina y el Caribe, entre los cuales destacan la presencia aborigen por un espacio de tiempo considerable, previo a la ocupación española; la violencia y demagogia forjadas como antivalores en los marcos de un proceso de conquista y colonización como la ibérica; el régimen de servidumbre esclavista imperante en la Colonia; el carácter retrógrado y monárquico de las metrópolis ibéricas, francamente arcaica en términos de modernidad con respecto a otras potencias; la carencia crónica de mano de obra barata resistente a las labores azucareras y la consecuente inserción de diferentes componentes étnicos externos; la diversidad étnica del ente colonizador, a diferencia de los términos rasos que casi siempre se emplean para designar al español; la diversidad étnica africana, con resultantes aculturadas a partir de la diversidad económica regional y sus necesidades específicas de mano de obra; la estrecha relación geopolítica con los Estados Unidos, convertidos vertiginosamente en una gran nación favorecida por lo más avanzado del desarrollo capitalista, con pretensiones hemisféricas cada vez más nocivamente declaradas y practicadas.

Estos constituyen sólo algunos puntos de partida para la investigación futura sobre las particularidades del proceso de formación nacional y el nacionalismo en Nuestra América, cuyo desarrollo teórico cuenta con una deuda de casi dos siglos en cuanto a superar los presupuestos eurocéntricos

11. Pablo A. Riaño San Marful: *Pensando la Nación en el Interregno: Cuba, 1899-1902*; en: María del P. Díaz Castañón (Coord.): *Perfiles de la Nación*. Tomo 1, Ciencias Sociales, La Habana; p. 39.

12. Ver Oscar Loyola Vega: *Construyendo la Nación*; en: Ob. Cit., pp. 186-195

y liberales. Como el propio estado-nación moderno, su teoría fue entendida como un proceso natural, inevitablemente heredado de un programa universal encaminado a una única manera de construir la soberanía. Sin embargo, ésta resulta tan cuestionable como cualquier otro término del discurso burgués contemporáneo que intente amedrentar la segunda independencia requerida por nuestros pueblos, en busca aún de la verdadera emancipación social ante sus propias élites y los designios hegemónicos del imperialismo actual.

Conclusiones

1. La teoría tradicional sobre las formaciones nacionales y el nacionalismo, esgrimida desde un enfoque liberal, occidental y eurocéntrico, fundamentalmente, se halla –sino incompleta– aún en construcción, careciendo de un consenso mínimo por parte de los especialistas, incluso de su misma tendencia, y contando, además, con la limitante que representa la carencia de suficientes estudios marxistas, en contraparte, durante todo el transcurso de los siglos XIX, XX y XXI.
2. Si bien es la *industrialización* es el fenómeno que determina la aparición del estado-nación moderno, no es ella en sí misma la que protege, perpetua o define su existencia, sino el espíritu comunitario inclusivo (imaginado o real) que se determina con anterioridad a 1789, con estados canónicos del antiguo régimen, que no dan lugar por sí mismos a la nueva estructura nacional, pero que lo definen a través de la pertenencia de sus actores sociales; por lo cual la nación, ni existe sin su antecedente premoderno (al menos imaginado), ni tiene suficiente garantía de vida sin sus presupuestos inscritos en la memoria histórica de los pueblos.
3. En parte como resultado de la incompreensión en torno a lo anterior, la teoría tradicional resulta inviable para explicar los procesos de formación nacional y el nacionalismo más allá de las fronteras de Europa y Norteamérica, sobre todo en lo que se refiere a los países de América Latina y el Caribe, donde la fórmula gellneriana resulta inoperante para entender la naturaleza y resultado de tales fenómenos, y el resto de la teoría no permite explicar, ni explicar la crisis del estado-nación, ni las relaciones entre el tema nacional y la complejidad de los conflictos inter e intrarregionales, impidiendo trazar pautas para el análisis del proceso formativo nacional en sus diferentes momentos,

quedando como asignaturas pendientes el estudio de la cuestión y el problema nacional durante su construcción anómala, así como su manifestación territorial.

4. Sólo un enfoque metodológico que supere las carencias de la teoría tradicional abordada, trascendiendo la atomización típica de los factores étnico, educativo, de poder político y –sobre todo– de una industrialización que para nada transcurre bajo una sola fórmula, permite arribar a una construcción teórica sobre las formaciones nacionales y el nacionalismo que resulte viable para explicar tales fenómenos en todos sus contextos témporo-espaciales, incorporando cuatro elementos esenciales:
 - La inclusión del análisis socioclasista y sus contradicciones particulares en cada proceso de construcción nacional.
 - El análisis bidireccional (a escala nacional y regional).
 - El proceso constitutivo de la nación en sus momentos transitorios (asociados conceptualmente a la cuestión o el problema nacional más que al estado-nación mismo).
 - La incorporación de nuevos indicadores de análisis notablemente descuidados hasta el momento (geográficos, económicos, políticos, jurídicos, administrativos, étnicos, sociales, religiosos, educativos y de la cultura en general).
5. La inserción de estos cuatro elementos, no sólo permite responder a la necesidad actual de superar la teoría existente y trascender a planos superiores y realmente generalizables en términos de aplicación teórica y metodológica, sino que supone su concurrencia total, sin exclusión de ninguno, determinando, en efecto, el planteamiento de nuevos proyectos y direcciones de estudio de gran envergadura para verificar las nuevas hipótesis que se planteen en torno a cada indicador establecido y su relación con el problema que se investiga, proponiendo nuevas divisas para comprender los procesos formativos de la nación y la región históricas.